

amanecer á pasear por el jardín y por el parque, dejando á los niños que jugasen en la pradera; los tiempos en que tú y yo despues nos entráramos en la cervecería.

CROM. Milady!

ELISAB. ¡Felices tiempos aquellos en los que Cromwell no era nada, en los que yo vivía tranquila y dormía bien!

CROM. Acostúmbrate á no tener esos deseos tan ordinarios.

ELISAB. ¿Y por qué si he nacido con ellos? He pasado mi infancia lejos de la grandeza, y no me puedo acostumbrar al aire de la corte; estos vestidos con cola no me dejan andar. Estuve hipocondríaca en el banquete que dió el lord Corregidor, porque tuve que pasar por el fastidio de comer con la Ciudad de Lóndres. Tú también parecías estar fastidiado. ¿Te acuerdas qué alegremente cenábamos en otro tiempo en nuestro hogar?

CROM. Pero mi nuevo rango...

ELISAB. Recuerda que tu grandeza incierta y efímera entristeció los últimos días de tu pobre madre, y que la condujeron al sepulcro, más que los años, los disgustos y los sobresaltos. Calculando los peligros que te rodeaban, mientras ascendías, tu pobre madre medía la altura de tu caída; y cada vez que abatías á tus rivales y Lóndres solemnizaba tus nuevos triunfos, si llegaba á sus oídos el ruido sordo de los cañones y de las aclamaciones del pueblo, se despertaba sobresaltada y temblorosa, exclamando: Gran Dios! Si habrá muerto mi hijo!

CROM. Ahora duerme mi madre en el panteon de los reyes.

ELISAB. Vaya una satisfacción! ¿Se duerme allí mejor el sueño eterno? ¿Sabe ella acaso si tus despojos mortales reposarán al lado de los suyos? ¡Quiera Dios que esto suceda muy tarde!

LADY CLEYPOLÉ. (Con voz débil.) Padre mio, yo os precederé en el lecho mortuario.

CROM. ¡Siempre tienes esos lúgubres pensamientos!

CLEY. Porque mis fuerzas debilitadas se extinguen; me hace falta tomar el sol y respirar el aire del campo; para mí, este palacio sombrío es semejante á un sepulcro. En sus largos corredores y en sus vastas salas reinan los temblores que producen el miedo y las noches glaciales. Aquí moriré muy pronto.

CROM. (Besándola en la frente.) Calla, hija mia, calla, que no tardaremos en volver á nuestros hermosos valles: hoy es necesario que permanezca aquí algun tiempo.

MISTRESS FLETWOOD. (Alegremente.) Sed sincero, padre mio; ¿no es cierto que queréis subir al trono, que deseáis ser rey? Mi marido lo estorbará.

CROM. Quién? Mi yerno?

FLET. Sí; no quiere andar por caminos oblicuos, y dice que una República no debe tener rey; en esto yo me uniré con él contra vos.

CROM. Tú! Mi hija!

LADY FALCONBRIDGE. Verdaderamente no comprendo cómo piensa mi hermana; mi padre es libre, y si alcanza el trono será para nosotras. ¿Por qué no ha de ser rey? ¿Por qué no hemos de gozar del placer embriagador de ser altezas reales y princesas de la sangre?

FLET. A mí no me halaga la vanidad, y solo me preocupo de la salvación del alma.

FAL. Pues á mí me gusta mucho la corte, y no veo por qué, siendo mi esposo lord, no ha de ser rey mi padre.

FLET. Hermana mia, el orgullo de Eva perdió al primer hombre.

FAL. (Bien se vé en su modo de pensar que no es gentil-hombre su esposo.)

CROM. (Impaciente.) Callaos las dos!—De vuestra hermana más joven imitad la modestia, la calma y la dulzura.—¿En qué estás pensando, Francisca?

LADY FRANCISCA. Me desespera, padre mio, el aspecto de estos sitios venerables. Me educó vuestra hermana, á cuyo lado he pasado toda la vida, enseñándome á reverenciar á los que se destierra para siempre, y desde que vivo entre estas paredes sombrías creo ver constantemente vagar por ellas tristes sombras.

CROM. De quién son esas sombras?

FRAN. De los Stuardos.

CROM. (¡Siempre ese nombre resonando en mis oídos!)

FRAN. Aquí murió el rey mártir!

CROM. Hija mia!

FRAN. (Señalando á la ventana del fondo.) Padre mio, ¿no es aquella la puerta-vidriera por donde Carlos I salió la última vez de White-Hall? Ah! Thurloe!

ESCENA IV.

Dichos, THURLOE con una cartera en la mano; traje de puritano.

THURLOE. (Inclinándose.) Esto corre prisa, milord.

CROM. Dispénsese vuestra alteza; quisiera quedarme solo.

ELISAB. Con quién hablas?

CROM. Con vuestra alteza.
ELISAB. Perdóname, Cromwell; me olvido siempre de que estoy tan alta y no puedo acostumbrarme á títulos prestados, ni á ser milady Protectora.
Se vá con sus hijas.

ESCENA V.

CROMWELL y THURLOE; mientras éste extiende sobre la mesa los papeles de la cartera, aquel queda absorbido unos momentos, hasta que al fin rompe el silencio con esfuerzo.

CROM. No soy dichoso, Thurloe!

THUR. Pues esas señoras adoran á vuestra alteza.

CROM. Cinco mujeres! Prefiriera gobernar por medio de decretos absolutos cinco ciudades, cinco condados ó cinco reinos.

THUR. ¡Pero si vos gobernais la Inglaterra y la Europa!...

CROM. ¡Estar casado con una plebeya el dueño del mundo! Soy un esclavo.

THUR. Milord, porque quereis.

CROM. No. De mi destino está roto el equilibrio; la Europa está á una parte, pero mi mujer está á la otra.

THUR. Si pudiera, como vos, cambiar de posición, una mujer no...

CROM. (Con severidad.) Sois muy atrevido haciendo esa suposición.

THUR. (Intimidado.) Lo que he dicho es que...

CROM. Basta. Dejemos ese asunto.—¿Qué teneis que comunicarme?

Se sienta en el sillón.

THUR. (Tomando uno de los papeles.) Escocia.—El gran Preboste quiere rendirse, y todo el Norte se somete al Protector.

CROM. Adelante.

THUR. Flandes.—Los españoles se disponen á capitular, y entregarán Dunkerque muy pronto al Protector.

CROM. Seguid.

THUR. Lóndres.—Acaban de entrar en el Támesis doce bajeles grandes, cargados de millones que Blake cogió á tres galeotes portugueses.

CROM. Seguid.

THUR. El duque de Holstein envia al Protector ocho caballos grises.

CROM. Continúa.

THUR. Los catedráticos de Oxford, que fueron vuestros émulos, os nombran canciller de la Universidad, y aquí teneis el diploma.

CROM. Qué más?

THUR. (Con una carta en la mano é inquieto.) Milord, me advierten por bajo mano que

mañana piensan asesinar á vuestra alteza.

CROM. Qué más?

THUR. Hay una conspiración tramada por los jefes puritanos unidos á los caballeros.

CROM. Seguid.

THUR. ¿No deseais saber ningun detalle sobre esto?

CROM. Será alguna fábula. Terminemos el despacho.

THUR. El mariscal de la Dieta de Polonia...

CROM. (Interrumpiéndole.) ¿De Colonia no hemos recibido cartas?

THUR. (Buscando entre los despachos.) Una nada más.

CROM. De quién?

THUR. De Manning, vuestro agente cerca de Carlos.

CROM. Dádmela.

Toma la carta y rompe precipitadamente el sobre.

Está fechada el 5. ¡Tiene veinte días de fecha! ¡Qué poco activos son mis mensajeros!

Lee la carta y dice leyéndola:

Ah, señor Davenant! ¡La astucia es delicada! La entrevista de noche y á oscuras... Capitulais con vuestro juramento... Para eso es preciso ser papista!—"Írá el real mensaje oculto en el sombrero..."—Prudente precaución!—Thurloe, participa al señor Davenant que deseo verle. Habita en la *Sirena*, cerca del puente de Lóndres.

THURLOE sale para ejecutar esta orden.

Vamos á ver cuál de los dos será más astuto. No os valdrán vuestras arterias, porque en la oscuridad donde os ocultais sé yo encender una luz para conocer á los traidores.

Entra THURLOE.

Continuemos.—¿Has visto al embajador de España?

THUR. Milord, os ofrece entregaros Calais, si en la guerra empeñada socorreis á Dunkerque sin retardo.

CROM. (Reflexionando.) La Francia me ofrece á Dunkerque y la España á Calais; pero lo que quita algo de valor á su comun oferta es que Dunkerque pertenece á España y Calais á Francia. Cada uno de sus dos reyes me dá á elegir una ciudad del reino vecino, y para que yo la prefiera en este debate, me dá en hipoteca una conquista por hacer. Con el rey de Francia debo quedar acorde; no tengo por qué hacerle traición. El otro ofrece menos todavía.

THUR. Como los Vaudois, los opri-

midos protestantes de Nimes reclaman vuestro apoyo magnánimo.

CROM. Escribid al cardenal-ministro en su favor, pero no hay que esperar que sea tolerante.

THUR. Devereux acaba de tomar por asalto á Armagh la católica, en Irlanda, y hé aquí la carta evangélica del capellan Peters sobre este acontecimiento: "Dios se ha mostrado clemente con el ejército de Israel. Por fin nos hemos apoderado de Armagh. El hierro y las llamas han exterminado hasta á los viejos, las mujeres y los niños; han perecido lo menos dos mil; la sangre corre por todas partes, y yo vengo de la iglesia de dar gracias á Dios."

CROM. (Con entusiasmo.) ¡Peters es un gran santo!

THUR. ¿Debemos perdonar á los que queden de aquella raza?

CROM. No; no haya perdon para los papistas.—En Armagh hay un sitial vacante en el coro; demoselo á Peters.

THUR. El emperador desea saber por qué apostais nuevos y grandes armamentos.

CROM. Que nos deje hacer la guerra y que guarde para sí las fiestas. ¿Qué pretende de mí el emperador con su cámara áulica y su águila de dos cabezas? Pretende asustarme? ¿Cree que tengo miedo el buen emperador germano, porque los dias solemnes empuña un globo de madera pintada que llama mundo? Bah! Es rayo que nunca hiere, aunque siempre gruñe.

THUR. El coronel Titus, encarcelado por haber escrito un libelo...

CROM. ¿Qué quiere?

THUR. Milord, conseguir su libertad. Hace ya nueve meses que está encerrado en un calabozo horrible.

CROM. Nueve meses! No puede ser.

THUR. Se le encerró en Octubre, y estamos en Junio; contad, milord.

CROM. Sí... eso es.

THUR. El pobre hombre ha permanecido allí durante todo este tiempo solo, desnudo y helado.

CROM. Nueve meses! ¿Cómo se pasa el tiempo!

Pausa.

Decidme, ¿qué hace el comité secreto del Parlamento respecto al proyecto presentado?

THUR. Están contra vos Pirretoy, Goffe, Pride, Nicholas, y sobre todo Garland.

CROM. (Con cólera.) El regicida!

THUR. Pero lucharán en vano con-

tra la corriente; la mayoría vota con nosotros, y siguiendo á lord Pembroke, que sabe sobrenadar en todas las épocas, la corona os pertenece de derecho. Únicamente el coronel Birek, aunque se inclina á la mayoría, fundado en un vano escrúpulo en la Biblia, mantiene indecisa á la Cámara.

CROM. Le deben algo en la oficina del impuesto sobre bebidas, y pagándole se le quitará el escrúpulo, si el cajero no se equivoca á su favor.

THUR. Jage está excitado contra vos, porque dice que sois ambicioso.

CROM. Pues le nombraré jefe de policía.

THUR. Lo demás corre de mi cuenta, si se digna milord dejar este asunto á mi cargo. En nombre del Parlamento os suplicarán hoy encarecidamente que acepteis la corona.

CROM. Ah! ¡Por fin empuñaré el cetro!

THUR. Hace ya tiempo, milord, que reináis.

CROM. No, no; poseo la autoridad, pero me falta el nombre. ¡Te sonríes, Thurloe! No sabes qué vacío abre en el corazón la avidez de la ambición; no sabes cómo ella desafía al dolor, al trabajo, al peligro, á todo, por conseguir un objeto que parece pueril. Es triste poseer la fortuna incompleta; además, no sé qué brillo, en el que el cielo se refleja, rodea á los reyes desde los tiempos antiguos. Son palabras mágicas las palabras *rey* y *majestad*. Ser árbitro del mundo sin ser rey, poseer el poder sin el título, es faltar algo; el imperio y el rango deben ser una misma cosa. No sabes qué sentimiento dá cuando se ha salido de la muchedumbre y se palpa el acontecimiento, no sentir algo encima de la cabeza; no será más que una palabra, pero entonces esa palabra lo es todo.

CROMWELL, que se ha abandonado hasta posar familiarmente el codo en el hombro de THURLOE, se vuelve como despertándose con sobresalto y vé que se abre lentamente una pequeña puerta secreta en uno de los tapices de la sala. MANASSÉ-BEN-ISRAEL se pára en el umbral.

ESCENA VI.

Dichos y MANASSÉ-BEN-ISRAEL; éste es un viejo rabino judío, que sale vestido como los de su raza; lleva barba blanca.

MANASSÉ. ¡Que el Señor Dios os guie hasta el fin de vuestro camino!

CROM. Es el judío Manassé. (A THURLOE.) Despachad todo eso.

THURLOE se sienta en la mesa y CROMWELL se aproxima al rabino, diciéndole en voz baja:

¿Qué quieres?

MAN. Os traigo noticias importantes. Una embarcación sueca, cargada de dinero, que trae para los partidarios de los reyes excluidos del trono, señor, acaba de entrar en el Támesis.

CROM. El pabellón es neutral! Si puedo confiscar todo lo que trae, recibirás por tu mediación la mitad del botín.

MAN. El navío os pertenece, señor; solo deseo que en caso de necesidad me preste ayuda la fuerza.

CROM. (Escribiendo algunas palabras en un papel que entrega al rabino.) Aquí tienes un verdadero talisman; corre y vuelve pronto á darme cuenta de sus efectos.

MAN. Tengo que daros otra noticia, señor.

CROM. ¿Qué noticia?

MAN. Sé que vuestro hijo Ricardo conspira con los caballeros.

CROM. ¿Cómo lo sabes?

MAN. Me ha pagado las deudas de Clifford; esto me lo prueba.

CROM. (Riendo.) Tú lo ves todo al través del dinero; mi hijo es ligero y tiene relaciones locas. Pero nada más.

MAN. Pagar sin contar las monedas, eso es mucho.

CROM. Vamos, vete.

MAN. Perdon, señor, pero ya que tengo el honor de servir algunas veces, quisiera como recompensa que hiciérais abrir nuestras sinagogas y revocar la ley que rige contra los astrólogos.

CROM. (Despidiéndole con un ademán.) Ya veremos.

MAN. (Inclinándose hasta el suelo.) Os beso los pies. (Viles cristianos!)

CROM. Vive tranquilo. (¡Judío inmundo, digno de la horca!)

MANASSÉ sale por la puerta secreta, que cierra tras él.

ESCENA VII.

CROMWELL y THURLOE.

THUR. ¿Hareis ahora caso de lo que os digo, milord? Ese navío extranjero, ese dinero que viene á repartir entre los descontentos, la delación del judío, todo está acorde con lo que antes os dije. Abrid los ojos.

CROM. Sobre qué?

THUR. Sobre los infames complots cuya trama me denuncia un fiel aviso. Me extremece lo poco que sabemos de ellos.

CROM. Si cada vez que llegan á mis oídos avisos semejantes ocupara el pen-

samiento en descubrir la trama denunciada, no tendría tiempo para otra cosa ni de dia ni de noche.

THUR. Es alarmante el caso actual, milord.

CROM. Cállate, Thurloe, y avergüénzate de tu miedo. Sé que para muchos mi yugo es tiránico, y que ciertos generales no querrán que sea mañana rey el que hasta hoy es su igual, pero tengo al ejército de mi parte. En cuanto al dinero que me denunció el judío, le tomaré como un regalo que me envía el buen Carlos, y que viene á propósito en estos instantes para pagar los gastos de mi coronación. Estáte tranquilo. Piensa que esas falsas noticias, que tantas veces han llegado á nuestros oídos, son ardid de los descontentos, que, viéndose reducidos á la impotencia, las inventan para asustarnos.

Oyese ruido de pasos.

¡Aquí vienen los cortesanos con aspecto alegre. Voy á tomar un poco el aire. Thurloe, entreténlos un momento.

Váse por la puerta secreta.

ESCENA VIII.

THURLOE, WHITELOCKE, WALLER, poeta de la época; el alguacil MAYNARD, JEPHSON, el coronel GRACE, WILLIAM MURRAY, WILLIAM LENTHALL, LORD BROGHILL y CARR.

CARR llega el último y se pára en el fondo, arrojando á su alrededor miradas escandalizadas, mientras los otros hablan sin verle.

WHIT. (A THURLOE.) ¿Su alteza está ausente?

THUR. Sí, milord.

LENTHALL. Vengo á recordarle mis derechos.

MAYNARD. Vengo al palacio por un asunto urgente.

JEPHSON. Importante negocio me trae aquí.

MURRAY. En el memorial que á milord entrego solicito un empleo en su futura corte.

WALLER. Tengo por costumbre no importunar á su alteza, pero...

CAR. (Con voz fuerte y con los ojos fijos en la bóveda.) Esto es una nueva Sodoma!

Todos se vuelven sorprendidos y contemplan á CARR, que se ha quedado inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho.

MUR. ¿Quién será este extraño animal?

CAR. (Con gravedad.) Comprendo que el hombre venga disfrazado á este antro, en el que Baal enseña la cara desnuda, en el que se encuentran lobos, histriónes, falsos profetas, buitres, dragones de

mil cabezas, serpientes aladas y basiliscos que llevan por cola un dardo de fuego.

WALL. (Riendo.) Si esos son nuestros retratos, os damos las gracias.

CAR. (Animándose.) ¡Convidados de Satanás! La manzana encierra ceniza; comed. El pueblo ha muerto: ¡vampiros de Israel, comed su carne, la carne de los santos elegidos! ¡Reid, bocas del infierno!

WALL. (Riendo.) Me gusta su urbanidad.

TODOS. Echémosle fuera!

LENT. Buen hombre, idos, porque si entra su alteza...

CAR. No saldremos yo, que saldremos vosotros.

WHIT. Es un santo.

WALL. Es un loco.

CAR. ¡Llamais locura á mi sabiduría!

BRO. Pensad en que vá á venir su alteza.

CAR. Le estoy esperando.

BRO. Quereis decirnos para qué?

CAR. Porque tengo que hablarle.

BRO. Enteradme de vuestros deseos y yo se los comunicaré; tengo mucho crédito con su alteza... soy lord Broghill.

CAR. (Amargamente.) ¡Qué cambiado está Oliverio! El republicano viejo tiene que ir á la cola de su cortejo y un caballero como Broghill tiene que protegerle.

THUR. (Que ha estado contemplando á CARR mucho rato.) (No me es desconocido este hombre; no es claro lo que dice, pero, por loco que sea, parece que más que en Bedlam debe estar en la Torre de Lóndres. Vamos á buscar á milord.) (Se vá.)

ESCENA IX.

Los mismos menos THURLOE.

BRO. Podremos responder por vos, pero...

CAR. (Sonriendo con tristeza.) Podreis responder, como en Sión el diablo salió fiador por el Hijo del hombre.

WHIT. Es intratable!

WALL. Es incurable!

TODOS. Echémosle de aquí.

CAR. Atrás! es indispensable que yo hable con el hombre que se transformó ante nuestros soldados de Judas Macabeo en Judas Iscariote. Antes que el fuego del cielo abraza á Sodoma, soy el ángel enviado para advertir á Loth.

WALL. (Riendo.) Dí, ¿los ángeles del Señor van rapados como tú?

JEPH. (Riendo.) Veo que vas subiendo en grado, porque de hombre te has transformado en ángel.

MUR. (Empujando á CARR.) Vamos, márchate fuera.

JEPH. Fuera!

MAY. Fuera!

TODOS. Sal de aquí! Sal de aquí!

CAR. (Gravemente.) Es en vano que os empeñeis en que salga.

MAY. Si milord os vé os volverá á encerrar en la Torre.

MUR. Ese no es traje para presentarse en la corte.

LENT. Poco se respetaria milord si se dignase hablarle.

TODOS. Fuera!

CAR. ¡Oh Sabaot, por tu causa lucho con Leviathan!

Entra CROMWELL con THURLOE. Todos se descubren y se inclinan. CARR se pone el sombrero en la cabeza y vuelve á adoptar su actitud austera y estática.

CROM. (Viendo á CARR con sorpresa.) ¡Es Carr el independiente! Salid! (A todos los demás.) (Extraño misterio.)

Todos, asombrados, salen haciendo una reverencia profunda. CARR permanece impassible.

WALL. (A los demás.) Ya nos lo habia predicho. Dejemos á Loth con el ángel.

ESCENA X.

CARR Y CROMWELL.

CROM. El Parlamento largo os hizo encarcelar; ¿quién os hizo salir de la prisión?

CAR. (Tranquilo.) La traicion!

CROM. Qué decís?

CAR. Si; yo ofendí á los santos de la suprema Asamblea y tu ley nos proscribió á todos; yo por ellos fui culpable, y ellos por tí son inocentes.

CROM. Pues aprobais la sentencia que pesa sobre vos, ¿quién quebró vuestros hierros?

CAR. La traicion, que hacia un nuevo crimen, ciego me arrastraba, pero vi la red á tiempo.

CROM. Qué decís?

CAR. Que Baal renace.

CROM. Explicaos.

CAR. (Sentándose en el gran sillón.) Escucha. Se trama una gran sublevacion... Siéntate, Cromwell, cúbrete y sobre todo no me interrumpas.

CROM. (En otra ocasion me pagarias cara tu insolencia.)

CAR. Aunque Oliverio Cromwell no

cuente sus crímenes, aunque no le causen remordimiento las víctimas que sin cesar encadena, aunque...

CROM. (Levantándose indignado.) Carr!...

CAR. No me interrumpas.

Oliverio se sienta con aire de resignacion forzada.

Aunque Oliverio habite en la tierra de Egipto con el morabita, con el babilonio, con el pagano ó el arriano; aunque él lo haga todo para sí y nada para Israel; aunque rechace á los santos y aunque adore á Dagon, Astarot y Elini y la antigua serpiente sea su mejor amiga; á pesar de tantos delitos, no creo que Dios tenga el corazon tan duro y el alma tan negra que dé al pueblo inglés, tan lleno ya de miserias, la mayor de sus dichas, Cromwell, tu muerte.

CROM. (Retrocediendo.) Mi muerte dices!

CAR. No cesas de interrumpirme: ten buena fé; deja que por un momento no te embriague el incienso de la bajeza y hablemos sin incomodarnos. Convén conmigo en que tu muerte seria una gran felicidad.

CROM. (Colérico.) Temerario!

CAR. (Imperturbable.) Tan convencido estoy de ello, hermano, que con ese objeto llevo siempre un puñal, esperando que llegue ese dia.

Saca un puñal y se lo enseña al Protector.

CROM. Asesino! Hola! (Por fortuna llevo la coraza.)

CAR. No tiembles, Cromwell, y no llames á nadie, que cuando se vá á matar á un tirano no se le enseña antes el puñal. Vive tranquilo; tu hora no ha sonado aun. Por el contrario, vengo á arrebatar una cabeza condenada á muerte de un acero vengador menos puro que el mio.

CROM. (¿Qué es lo que me irá á descubrir?)

CAR. Vuelve á sentarte.

CROM. (Vuelve á sentarse y dice aparte.) (Tendré paciencia para oírle hasta el fin.)

CAR. Escucha. Te amenaza una sublevacion, y debes comprender que si solo te amenazase á tí no perderia el tiempo en enterarte; pero aquí se trata de salvar á Israel, y si te salvo de paso, tanto peor.

CROM. Pero existe esa conspiracion? Sabes dónde se reúnen los conjurados?

CAR. Salgo ahora de la reunion.

CROM. ¿Quién te ha abierto la puerta de la Torre de Lóndres?

CAR. Tiembla! Barksthead.

CROM. Me fué traidor! Firmó, sin embargo, el decreto de muerte del rey.

CAR. Lo ha comprado la esperanza de conseguir el perdon.

CROM. ¿Restableciendo en el trono á Carlos II?

CAR. Escucha. Cuando al amanecer llegué á la reunion de los conjurados, creí que se trataba en primer lugar de emancipar al pueblo, dándote la muerte...

CROM. Eso creias?

CAR. Despues que se trataba de devolver todo su poder al Parlamento único, que le quitó tu inicuo despotismo. Pero apenas entré ví á un filisteo, con casaca de terciopelo acuchillada de satin, que conversaba con otros dos. El jefe de los confabulados vino á leerme breves madrigales y bulas.

CROM. Madrigales?

CAR. Así se llaman los psalmos paganos. Pronto entraron los santos, los ciudadanos religiosos; pero fascinados por extraños encantos, estaban en connivencia con los demonios que allí se confundian con los ángeles. Los demonios exclamaban: Muera Cromwell! Pero en voz baja se decian:—Aprovechándonos de sus sangrientos debates, haremos que Babilonia suceda á Gomorra, los techos de madera de cedro á los techos de sícomoro, la piedra al ladrillo, el yugo al freno y el cetro de hierro á la vara de bronce.

CROM. ¿Quieres decir que Carlos II suceda á Cromwell?

CAR. Este es su deseo; pero Jacob no quiere que con su propia espada inmolen el buey sin darle su parte, ni que se derribe á Cromwell en provecho de Stuardo, porque entre dos desgracias, debe temerse la peor. Por malvado que seas, prefiero tu imperio al de un Stuardo, que es un Herodes, un príncipe corrupto, un muérdago parásito de la antigua encina arrancada. Desenmascaremos, pues, estos dos complots.

CROM. (Thurloe no se equivocaba.) ¿Luego los dos partidos del rey y del Parlamento se han coligado contra mí? ¿Quiénes son los jefes del partido realista?

CAR. ¿Crees que me han dado la nota? Me tiene eso sin cuidado; pero sin embargo, si me acuerdo te los iré diciendo; Rochester... lord Ormond...

CROM. Estás seguro? ¿Han entrado en Lóndres!

Escribe esos nombres en un papel y dice á CARR:

A ver si recuerdas los demás; haz un esfuerzo.

CAR. Sedley...

CROM. Bien. (Escribiendo.)

CAR. Drogheda, Roseberry, Clifford...

CROM. Liberticidas! ¿Y los jefes populares?

CAR. Eso no; no te delataría nuestros santos si me ofrecieras mil siclos de oro por cada uno; aunque dieras la orden á un eunuco de que ensayara el filo de su sable en mi garganta; no, eso no; aunque tú me enviaras como á Daniel á la cueva de los leones.

CROM. Cálmate.

CAR. Eso no; aunque tú me dieras los campos de Tebas y los que están detrás y el Tíger y el Líbano y la ciudad de Tyro; eso no, aunque me hicieras coronel de tu ejército.

CROM. Carr, querido Carr, somos dos antiguos amigos, somos como dos mojonos que Dios ha puesto en el mismo campo, y te has portado conmigo tan fraternalmente, que me libras de inminentes peligros; eso nunca lo olvidaré. El salvador de Cromwell...

CAR. (Bruscamente.) No me injurieras! Carr solo salva á Israel.

CROM. (¡Tener que acariciar á quien me hiere, estando á mi altura y á mi edad!) Solo soy un gusano.

CAR. Es verdad; para el Eterno solo eres un gusano como Atila, pero para nosotros eres una serpiente. ¿No deseas ser rey?

CROM. (Casi llorando.) ¡Qué mal me conoces! Me cubre la púrpura, pero tengo ulcerado el corazón. Compadéceme!

CAR. (Con risa amarga.) Eres un Nemrod que tomas el aspecto de Job.

CROM. Siento en el alma merecer de los santos esos reproches.

CAR. El Señor Dios te castiga por medio de tus parientes cercanos.

CROM. (Sorprendido.) ¿Qué quieres decir?

CAR. Que puedes añadir otro nombre á la lista que acabo de darte. Pero no; por qué revelártelo? El vicio castiga al crimen.

CROM. Dime, por Dios, quién es; por semejante servicio pídemelo todo lo que quieras.

CAR. (Como herido por una idea súbita.) ¡De veras! Me cumplirás tu promesa?

CROM. Mi palabra vale tanto como un juramento.

CAR. Pues voy á revelártelo.

CROM. (Que se les adule ó que se les pague, todos los republicanos son lo mismo en el fondo, y su virtud es cera que al sol se funde). ¿Qué desea mi hermano? Un título heráldico? Un grado? ¿Un dominio? ¿Qué quieres? Píde.

CAR. Que abduques.

CROM. (Es incorregible!) No siendo rey, no puedo abdicar.

CAR. Eso es un subterfugio para faltar á tu promesa.

CROM. No...

CAR. Estás titubeando.

CROM. (Suspirando.) Ay de mí! No sabes qué violencia tengo que hacerme para conservar el poder; el poder es una cruz.

CAR. Tú no te enmiendas, Cromwell. Creo que es más difícil que un camello pase por el ojo de la aguja, que un rico y que un poderoso entren por la puerta de los cielos.

CROM. (Fanático!)

CAR. (Hipócrita!) Con palabras capciosas no me convencerás.

CROM. (Con aire contrito.) Convengo contigo, hermano, que mi poder es injusto y arbitrario; pero no hay nadie en Judá, en Gad ni en Issachar á quien apure tanto como á mí. Odio las vanidades; pero no debo rechazar bruscamente la autoridad suprema, que mi pueblo adora, antes de la hora que vengan á reinar en nuestras aldeas los veinticuatro viejos y los cuatro animales. Vé y consulta con Saint-John y Selden, que son jurisconsultos, jueces en materia de leyes y en materia de cultos doctores, y proponles que tracen un plan de gobierno que me permita salir de él pronto. Te satisface esta idea?

CAR. No mucho. Los doctores que invocas pronuncian á veces un oráculo equívoco; pero de todos modos, yo sí que quiero dejarte completamente satisfecho.

CROM. Dime, pues, el nombre de ese pariente enemigo. ¿Cómo se llama?

CAR. Ricardo Cromwell.

CROM. (Dolorosamente sorprendido.) Mi hijo!

CAR. Tu hijo. ¿Estás contento, Cromwell?

CROM. (Absorbido en un estupor profundo.) (El vicio y la blasfemia le han llevado lentamente hasta el parricidio. ¡Castigo del cielo! Asesiné á mi rey; ¡mi hijo matará á su padre!)

CAR. La víbora engendra víboras. Es muy cruel ver que nuestro hijo es un fe-lón y encontrar un Absalón no siendo un David. En cuanto á haber muerto á Carlos, que tú crees que es un crimen, es el único acto santo, virtuoso y legítimo que puede absolvete de todos tus pecados.

CROM. (Abstraído.) (Solo creía que Ricardo era frívolo y ligero, pero nunca pude pensar que llegara á desear mi muerte.)

—¿Es cierto, hermano, lo que me has dicho? Mi hijo...?

CAR. Asistió á la reunion de los conjurados esta mañana.

CROM. ¿Dónde se ha celebrado esa reunion?

CAR. En la taberna de las Tres Grullas.

CROM. Y qué dijo allí?

CAR. Muchas cosas que yo no recuerdo; rió mucho, loqueó, juró haber pagado las deudas de Clifford...

CROM. (No me engañó el judío.)

CAR. También brindó á la salud de Herodes.

CROM. De qué Herodes?

CAR. Y á la salud de Baltasar.

CROM. ¿Cómo?

CAR. Y á la salud de Faraón.

CROM. Quieres explicarte?

CAR. Y á la salud del Antecristo, al que llamó rey de Escocia, ó sea Carlos II.

CROM. (Pensativo.) (¡Brindar á su salud es brindar á mi muerte!) Mi hijo es un parricida loco, y no sé si un día, sobre su frente pálida, se escribirá *Cain* ó *Sardánápalo*.

CAR. Las dos cosas.

Entra THURLOE, que se aproxima con aire misterioso á CROMWELL.

THUR. (En voz baja á CROMWELL.) Milord, Ricardo Willis os está esperando.

CROM. (En voz baja á THURLOE.) El me aclarará todo esto.

THUR. ¿Los gentiles-hombres que están agrupados á la puerta pueden entrar?

CROM. Sí, ya que es necesario que yo salga. (Repongámonos; sienta siempre bien estar serenos. Si mi corazón es de carne, que sea mi rostro de cobre.)

Entran los cortesanos conducidos por THURLOE. Saludan á CROMWELL, que les hace un signo con la mano y se dirige á CARR.

Gracias, hermano; sed de los nuestros, y yo os pondré delante de los demás.

Sale con THURLOE.

CAR. (Que permanece en el proscenio.) ¡Así es como él abdica! Condenado usurpador!

ESCENA XI.

CARR, WHITELOCKE, WALLER, MAYNARD, JEPHSON, GRACE, SIR WILLIAM MURRAY, M. WILLIAM LENTHALL Y LORD BROGHILL.

MUR. Ya habeis visto como su alteza ha hablado con ese hombre: es muy bondadoso con él.

LENT. ¡Y hasta se ha dignado sonreírle!

CAR. (Se atreve á ultrajarme!)

JEPH. ¿Qué distincion!

WALL. Debe ser algun favorito suyo.

MUR. Todo ha sido para él.

LENT. Se conoce que ese hombre tiene crédito.

Aproximándose á CARR y haciéndole muchas reverencias.

¿Milord, os dignareis como gran favor decir por mí, que soy buen ciudadano, á quien vos sabeis, esas palabras tan oportunas que pronunciais? Tengo derecho á ser lord y...

CAR. Yo he colgado mi arpa de la rama del sauce y ya no canto los cantares de mi país á los babilónicos que nos han invadido.

Todos se le acercan.

MUR. Protegedme, milord. Pues que van á proclamarle rey, creo que puedo serle muy útil. Soy noble escocés. He disfrutado de gran favor siendo niño cerca del príncipe de Gales, y cada vez que éste se hacia acreedor á un castigo, yo gozaba del privilegio de recibir los golpes que merecia el príncipe.

WALL. Milord, yo soy Waller, y he escrito ditirambos sobre los galeotes que cogieron al marqués español.

JEPH. Caballero, decidle á su alteza que yo soy el coronel Jephson. Mi madre era condesa, y quisiera ser admitido en la Cámara de los Pares.

CAR. Id al hospital de locos!

GRA. (Riendo.) Es buen sitio para un poeta: haced que me lleven allí.

JEPH. Yo soy el primero que en el Parlamento ofrecí hacer rey á Oliverio...

MUR. Y yo...

CAR. Israel os confunda!

ESCENA XII.

Los mismos menos CARR; en seguida THURLOE.

WALL. Decididamente está loco.

MUR. Loco de remate.

LENT. ¿Cómo conseguirá su alteza que sea afable ese energúmeno?

Entra THURLOE.

THUR. Por orden expresa de milord Protector os digo que no puede recibiros hoy.

Salen todos. Al marcharse dice el coronel JEPHSON:

¡Cromwell recibe á ese estúpido y no nos recibe á nosotros!

En el momento que queda sola la sala, se abre la puerta secreta y aparece CROMWELL, que mira con precaucion á todas partes.